

# LAS CRÓNICAS JESUÍTICAS DE FILIPINAS EN EL SIGLO XVIII: PEDRO MURILLO VELARDE\*

EDUARDO DESCALZO YUSTE | UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BARCELONA

## RESUMEN

En esta breve comunicación se analiza la obra del jesuita Pedro Murillo Velarde *Historia de la Provincia de Filipinas de la Compañía de Jesús. Segunda Parte, 1616-1716*, comparándola con la de sus predecesores como cronistas «oficiales» de la Provincia de Filipinas de la Compañía de Jesús, Pedro Chirino y Francisco Colín. El análisis hace hincapié en lo que consideramos los dos ejes fundamentales de la crónica: la gran atención prestada a la historia política y el elevado número de elogios de individuos (religiosos o no) presentes en la narración.

## PALABRAS CLAVE

Compañía de Jesús, Filipinas, crónicas oficiales, Pedro Murillo Velarde.

## ABSTRACT

*In this brief communication we analyse the work of the Jesuit Pedro Murillo Velarde, *Historia de la Provincia de Filipinas de la Compañía de Jesús. Segunda Parte, 1616-1716*, and we compare it with the works of his predecessors as «official» chroniclers of the Philippine Province of the Society of Jesus, Pedro Chirino and Francisco Colín. The analysis focuses on what we consider the two basic topics in the chronicle: the great presence of political history in the chronicle and the huge number of individuals' eulogies (either religious or not) in the text.*

## KEYWORDS

*Society of Jesus, Philippines, official chronicles, Pedro Murillo Velarde.*

---

\* Este trabajo ha sido realizado en el marco de una beca FPU y dentro del proyecto de investigación «Memoria y cultura religiosa en el mundo hispánico. 1500-1835» (HAR2011-28732-CO3-01, Ministerio de Economía y Competitividad), dirigido por el Dr. José Luis Betrán, de la Universidad Autónoma de Barcelona.

## INTRODUCCIÓN

Ya desde sus inicios, la Compañía de Jesús trató de construir su propia memoria histórica. El objetivo de la misma era crearse una imagen determinada ante la opinión pública, apoyada en la permanente exposición interesada de sus actividades. El mito de la Compañía se fundamentaba en una serie de relatos históricos, contruidos por los mismos jesuitas, para su propia autosatisfacción y para la exhibición de sus méritos ante los poderes públicos y, al mismo tiempo, ante la Historia. Ninguna orden ha recurrido tanto a la historia de sí misma como instrumento publicitario.

En este sentido, la provincia jesuítica de Filipinas (1581-1768) tuvo sus propios cronistas oficiales de forma muy temprana. En 1604, el P. Pedro Chirino publicaba en Roma su obra *Relación de las islas Filipinas y de lo que en ellas han trabajado los padres de la Compañía de Jesús*,<sup>1</sup> escrita por indicación de los superiores de la Compañía, para dar a conocer las actividades que se estaban llevando a cabo en el archipiélago filipino:

«Habiendo de dar cuenta a V. P. [Claudio Acquaviva] del estado y punto, en que está nuestra mínima Compañía en las Filipinas (por la obligación de mi oficio de Procurador, enviado para esto el Julio pasado de seiscientos dos y como persona que he gastado en ellas catorce años de lo mejor de mi vida) [...]»<sup>2</sup>.

Esta obra, no obstante, era sólo un avance de la *Primera Parte de la Historia de la Provincia de Filipinas de la Compañía de Jesús*, que sin embargo quedó manuscrita. En ella se ampliaban los contenidos de la *Relación*, y constituye una obra que aporta numerosas informaciones sobre cuestiones geográficas y antropológicas referidas a los indígenas filipinos de finales del siglo XVI. Fue el P. Francisco Colín quien algunos años más tarde retomó el manuscrito de Chirino y, con algunos cambios y adiciones, lo publicó con el título de *Labor Evangélica, ministerios apostólicos de los obreros de la Compañía de Jesús. Fundación y progresos de su provincia en las Islas Filipinas* (Madrid, 1663)<sup>3</sup>. Igual que había ocurrido con la *Relación*, la publicación de esta crónica se debió a una petición oficial, ya que fue escrita en respuesta a los deseos de Felipe IV, quien había solicitado en repetidas ocasiones información acerca de las Filipinas y la situación y desarrollo de la Compañía de Jesús en el archipiélago.

Tuvo que pasar casi un siglo entero para que alguien diera a la imprenta la continuación de estas crónicas oficiales. Fue el P. Pedro Murillo Velarde quien publicó, en 1749, la *Historia de la Provincia de Filipinas de la Compañía de Jesús*,

<sup>1</sup> CHIRINO, 1604.

<sup>2</sup> CHIRINO, 1890: 5.

<sup>3</sup> COLÍN, 1663; 1900-1902.

*Segunda Parte, 1616-1716*, que retomaba el hilo de la historia justo donde lo había dejado el P. Colín<sup>4</sup>. Con esta obra se completaba la labor de ofrecer una crónica oficial de la Provincia de Filipinas de la Compañía de Jesús desde su fundación en 1581 hasta el siglo XVIII, cuando aquélla se encontraba en plenitud. Sin embargo, pocos años después se produjo la expulsión de los jesuitas de los territorios de la Monarquía española, por lo que la historia oficial de la Compañía en Filipinas quedó fijada en estas obras.

### **VIDA DE PEDRO MURILLO VELARDE (1696-1753)**

El P. Pedro Murillo Velarde (1696-1753) es más conocido como jurista que como historiador, y la mayoría de trabajos centrados en su persona y su obra se han abordado desde esta perspectiva<sup>5</sup>. Sin embargo, su labor historiográfica no es despreciable en absoluto.

Pedro Murillo Velarde y Bravo nació en 1696 en la villa alpujarrense de Laujar de Andarax, en la actual provincia de Almería, en el seno de una familia acomodada. Los Murillo Velarde se habían asentado en la zona en la época de la conquista del Reino de Granada (1492), y desde entonces habían prosperado de manera notable, introduciéndose en las redes de poder locales y ascendiendo en la escala social. El abuelo de nuestro protagonista, el licenciado Pedro Murillo Velarde y López de Mayor, fue el impulsor definitivo de dicho ascenso. Sus dos hijos llevaron a cabo una política conjunta de ascenso social. El primogénito, Jacinto Murillo Velarde y Ocaña (padre de nuestro protagonista), acumuló cargos civiles de todo tipo reservados a las familias más distinguidas de la zona. Por otro lado, tuvo una decente carrera militar que le llevó a participar en la Guerra de Sucesión a favor de Felipe V. Su hermano, Andrés Murillo Velarde y Ocaña, siguió la carrera eclesiástica y llegó a ser obispo de Pamplona (1724-1728). Este personaje sería fundamental en la carrera de su sobrino Pedro, ya que lo llevó consigo en sus diversos nombramientos por la geografía peninsular y le protegió en sus estudios y en los primeros pasos de su carrera académica, antes de su ingreso en la Compañía de Jesús. Así pues, entre Jacinto y Andrés existía un verdadero deseo de superación y encumbramiento del linaje y una conjunción de intereses que les llevó a alcanzar la que sería la posición más elevada en la escala social, económica y cultural de su linaje, que después de ellos comenzaría a declinar hasta quedar circunscrito a la categoría de hidalgos acomodados de provincias.

<sup>4</sup> MURILLO VELARDE, 1749.

<sup>5</sup> El trabajo más notable y que aporta una mayor cantidad de información y datos sobre la familia de Pedro Murillo Velarde es DÍAZ DE LA GUARDIA, 14 (2001): 407-472. De aquí se ha obtenido la mayor parte de la información que aquí ofrecemos en cuanto a la biografía del sujeto.

Pedro Murillo Velarde y Bravo fue el séptimo de los catorce hijos del matrimonio de Jacinto Murillo Velarde y Ocaña y Magdalena Bravo. De joven ingresó en el Colegio de San Miguel de la Universidad de Granada, con la intención de estudiar ambos derechos, canónico y civil. De allí pasó al Colegio Mayor de Cuenca de la Universidad de Salamanca, donde alcanzó el grado de bachiller en Sagrados Cánones. Pese a su juventud, en la ciudad castellana llegó a ejercer como profesor extraordinario de Derecho Civil durante cuatro años. No obstante, su meteórica carrera académica se interrumpió con su ingreso en el noviciado de la Compañía de Jesús de Madrid, el 23 de octubre de 1718, a la edad de veintidós años. Este hecho no fue bien recibido en el seno de su familia, y desde entonces su relaciones fueron prácticamente nulas.

Al año siguiente, 1719, Pedro Murillo Velarde pasó al Colegio de los jesuitas de Alcalá de Henares, para iniciar los estudios de Filosofía y Teología. De vocación misionera y devoto seguidor de San Francisco Javier, solicitó ser destinado a Filipinas, lo que consiguió en 1723 cuando, acompañando a Juan Antonio de Oviedo, Visitador de la Provincia Filipina, partió hacia las islas, donde llegó el 27 de octubre de ese mismo año. Tras dos años en las misiones tagalas y en las parroquias cercanas a Manila, en 1725 fue nombrado profesor de Derecho Civil y Canónico en el Colegio de Manila. Aunque viajó mucho por el archipiélago y ocupó diversos cargos, lo cierto es que su vida estuvo muy ligada al citado Colegio<sup>6</sup>.

Al final de su vida, en 1749, fue elegido por la XXIV Congregación Provincial de la Compañía de Jesús de Filipinas como primer Procurador Provincial ante las Cortes de Madrid y Roma. En esta etapa de hombre político, el P. Murillo Velarde desarrolla su actividad ante las más altas instancias civiles y eclesiásticas, intentando mediar a favor de la Compañía, de las Indias y, especialmente, de la Provincia de Filipinas. Sus peticiones fueron muy diversas, pero destaca la necesidad de reclutar nuevos jesuitas para las islas y medios con que sostenerlos, solicitud que elevará al Rey y al Papa. Estando en Roma en 1751, además de interceder ante sus superiores, ante el Colegio de Cardenales y ante el mismo Pontífice por las Filipinas, participó en la XVII Congregación General de la Compañía de Jesús, que tenía, entre otras finalidades, la de elegir a un nuevo Prepósito General, tras la muerte del P. Frantisek Retz. Aunque consiguió parte de sus objetivos en Europa, Pedro Murillo Velarde no consiguió volver a las Filipinas. Aquejado de algún tipo de en-

---

<sup>6</sup> El 15 de octubre de 1735 fue designado visitador de las misiones de Zamboanga y Dapitán, en Mindanao. Dos años después, 1737, aparece como socio (especie de secretario) del P. José Astudillo, Provincial de Filipinas, en la misión de San Miguel, situada en los suburbios de Manila. Allí será, entre 1737 y 1742, profesor de prima de Teología. En 1742 participa en la XXIII Congregación Provincial de la Compañía en Filipinas. En 1745, Murillo Velarde ocupaba, aún en Manila, la plaza de Cánones, puesto que tuvo que abandonar en 1746 al ser destinado a la misión de Antipolo.

fermedad (*melancolía*, según los textos)<sup>7</sup>, murió en el Puerto de Santa María (Cádiz), el 30 de noviembre de 1753, cuando se disponía a embarcar.

### OBRAS DEL P. PEDRO MURILLO VELARDE

La obra del P. Pedro Murillo Velarde es extensa, y abarca diferentes temas. Seguramente, su obra más conocida en su tiempo fue el *Cursus juris cononici hispani et indicio* (1753), donde se incluyen las leyes del reino de España y las Indias. La obra fue reeditada al menos dos veces, en 1763 y 1791. También de temática jurídica es su *Práctica de testamentos* (Manila, 1745). De carácter pastoral destaca el *Catecismo o instrucción christiana* (Madrid, 1752).

Otra de las obras más destacadas de Pedro Murillo Velarde en su tiempo fue la *Carta hydrographica y chorographica de las yslas Filipinas* (Manila, 1734). Se trata de un mapa de Filipinas encargado por el gobernador general Fernando Valdés Tamón, y se puede considerar el primer mapa científico del archipiélago. Tuvo una vida útil muy longeva, ya que era el utilizado mayoritariamente hasta que fue publicado el mapa de la expedición Malaspina en 1808. En él aparecen con todo detalle los contornos de las islas, los límites de las provincias, la situación exacta de los pueblos principales, montañas, ríos, etc. Por otro lado, aparecen también los principales derroteros, y sobre cada uno de ellos va representada una embarcación con las velas tendidas, con aspecto de navegar por la vía señalada. A ambos lados del mapa aparecen doce escenas que comprenden representaciones de grupos étnicos, planos de la ciudad de Manila, y otras «curiosidades». Por otro lado, en el mar están representados los diferentes tipos de embarcaciones que se podían ver en las islas: *caracoas* indígenas, *champanes* indios, *naos*, *galeones* y *pataches* españoles... En resumen, y en palabras de T. H. Pardo de Tavera,

«Resulta de todo, que la carta que describimos es una hermosa obra, no solo bajo el punto de vista geográfico, sino por el gusto artístico que presidió a la composición y por la maestría y arte de la ejecución del grabado que se debe a Nicolás de la Cruz Bagay»<sup>8</sup>.

Diez años más tarde, en 1744, apareció una versión diferente del mapa, con el título de *Mapa de las islas Philipinas hecho por el P. Pedro Murillo Velarde de la Compañía de Jesús*, que a su vez tuvo dos ediciones ligeramente distintas, y que en 1749 se incluyó en su *Historia de la Provincia de Filipinas*. En este caso, las escenas de los márgenes y los derroteros han desaparecido, así como la mayoría de naves que estaban representadas en la *Carta*. Sin embargo, se incluye ahora una

<sup>7</sup> Cit. en DÍAZ DE LA GUARDIA, 14 (2001): 447.

<sup>8</sup> PARDO DE TAVERA, 1894: 10.

representación de San Francisco Javier, etiquetado como «Príncipe del mar», cabalgando sobre una concha tirada por caballos marinos, cuyas bridas sostiene con la mano izquierda, mientras en la derecha lleva un estandarte de la Compañía de Jesús. Otro elemento destacable de esta segunda versión es el medallón donde está enmarcado el título. En una de las versiones, dicho medallón no tiene nada especialmente reseñable. En la otra, sin embargo, aparecen elementos muy curiosos, que aportan una riqueza notable a la obra:

«La composición de la orla responde a la idea del autor de dar en *las figuras del margen como en Hierogliphicos Egypticos... lo más memorable que en las islas se contiene*. En la parte superior aparece una cabeza de león, coronado de marqués, con una espada en la mano derecha y un cirio encendido en la izquierda. Flotando encima, una cinta con esta inscripción: *Quod fidei illustrat face protegit ense*. En la parte izquierda de la orla, de arriba abajo, se ven, un negro recostado y más abajo un igorrote, fácil de reconocer por el escudo *sin generis* que lleba [sic] en la mano: del lado derecho, frente a estas figuras, hay un chino con su payo abierto y más abajo un negrillo, un aeta del monte, con la flecha en su arco en actitud de tirar. En la parte inferior del medallón, hay un indio sentado en cuclillas cogiendo un gallo y del otro lado una india sentada bajo un gran quitasol. Finalmente, en el centro de la parte inferior, dos globos sobre los cuales se lee: *Laudat Polus*<sup>9</sup>.

## LA SEGUNDA PARTE DE LA HISTORIA DE LA PROVINCIA DE FILIPINAS DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

Pese a la importancia de las obras comentadas, las más interesantes para nosotros son la *Geographia histórica* (Madrid, 1752, X volúmenes; concretamente el tomo VIII, *Geographia histórica de las islas Philipinas, del África, y de sus islas adyacentes*) y, especialmente, la *Historia de la Provincia de Filipinas de la Compañía de Jesús, Segunda Parte, 1616-1716* (Manila, 1749).

La *Historia* es la continuación de la *Labor Evangélica* del P. Francisco Colín (1663), que a su vez retomaba la inédita *Primera Parte de la Historia de la Provincia de Filipinas de la Compañía de Jesús* del P. Pedro Chirino. Así pues, la obra de Murillo Velarde completa la crónica oficial de la Compañía de Jesús en Filipinas en su primera etapa en Filipinas<sup>10</sup>. La narración se inicia allí donde la dejó Colín,

<sup>9</sup> PARDO DE TAVERA, 1894: 12-13.

<sup>10</sup> Hablamos de estas tres obras como «crónica oficial» debido a la existencia de otras obras parciales sobre la Compañía de Jesús en Filipinas, especialmente la *Historia de Mindanao y Joló* (1667) del P. Francisco Combés y la *Historia de las Islas e indios Bisayas* (1668) del P. Ignacio Alcina. A diferencia de las obras de Chirino, Colín y Murillo Velarde, éstas fueron escritas por iniciativa propia de sus autores y no por petición de instancias superiores (religiosas o civiles), y se refieren a espacios geográficos y étnicos muy específicos (Mindanao, Joló y las Bisayas), por lo que no constituyen una crónica general y oficial de la actividad de la Compañía de Jesús en Filipinas, sino que son obras más personales, lo cual no les resta valor para conocer mejor la historia de Filipinas y de la Compañía en el archipiélago.

en 1616, y se alarga hasta el año de 1716. Sin embargo, en algunas ocasiones el autor supera este marco temporal para explicar alguna cuestión determinada que tiene su desenlace en fechas posteriores.

La *Segunda Parte de la Historia de la Provincia de Filipinas de la Compañía de Jesús* del P. Pedro Murillo Velarde consta de cuatro libros, cada uno de los cuales avanza cronológicamente, pero al mismo tiempo centrado en una cuestión concreta. Así pues, el *Libro I*, formado por dieciocho capítulos, retoma el hilo de la obra de Colín y continúa la narración de los hechos ocurridos desde 1616, llegando hasta 1634. El *Libro II*, por su parte, consta de treinta capítulos (el más extenso de la obra), y se centra en la misión y conquista de las islas de Mindanao y Joló, territorio islámico. El *Libro III*, contiene diecisiete capítulos, y narra los progresos de la Provincia hasta 1653. Finalmente, el *Libro IV* narra en sus veintitrés capítulos el inicio y desarrollo de la evangelización de las islas de los Ladrones, llamadas después islas Marianas, y el descubrimiento de las islas Palaos, al mismo tiempo que presenta los sucesos de Filipinas hasta 1716.

Pese a continuar la labor de autores anteriores, la obra de Murillo Velarde presenta notables diferencias con las obras de sus predecesores. Las crónicas de Chirino y Colín no eran solamente obras religiosas, ya que en la narración insertaban descripciones geográficas de las islas y descripciones antropológicas y etnológicas de los diferentes pueblos que aparecían en el curso de la historia. Por su parte, Murillo Velarde no trata ninguno de estos temas de manera específica. Sólo cuando introduce las cuestiones relativas a Mindanao y las Marianas ofrece alguna descripción geográfica y etnográfica, pero de una manera tan sucinta que apenas se puede considerar relevante. Dos son las posibles razones que justifiquen esta ausencia. En primer lugar, el hecho de que en la crónica de Colín, predecesora de la de Murillo Velarde, estos temas ya estuvieran tratados, por lo que el autor podría considerar que los eventuales lectores de la crónica ya tendrían conocimiento de estos temas por haber leído la primera parte. En segundo lugar, la ausencia puede deberse a que el autor abordó estos temas en otra obra, la *Geographia histórica de las islas Philipinas, del África, y de sus islas adyacentes* (1752), y por tanto pudo considerar que no tenían cabida en la crónica religiosa<sup>11</sup>.

Por otro lado, el tratamiento de la historia política es diferente en las diversas obras. El P. Pedro Chirino fue, de los tres cronistas, el menos preocupado por relatar avatares políticos en sus obras. La *Relación* de 1604 carece de referencias a la historia política, pues el autor consideraba que este aspecto estaba cubierto sobradamente por la obra del oidor Antonio de Morga, *Sucesos de las Islas Filipinas*:

<sup>11</sup> Los capítulos de dicha obra son los siguientes: I. *De las Philipinas*; II. *De los Frutos*; III. *De los Animales*; IV. *De la Riqueza, y Comercio*; V. *De los Indios*; VI. *De la Conquista, y Sucessos de estas Islas*; VII. *De Manila*; VIII. *De Pangasinán, Ilocos, Cagayán, Camarines, Zebú, y varias Islas*; IX. *De Mindanao*.

«La historia copiosa, y cumplida de aquellas islas tiene escrita con gran cuidado, verdad y elocuencia, el Dr. Antonio de Morga, del Consejo del Rey Católico, y su oidor en la Real Chancillería de Manila»<sup>12</sup>.

En la *Historia*, sin embargo, el P. Chirino incluyó algunos acontecimientos políticos, especialmente cuando en ellos participa algún jesuita, aunque sea de forma tangencial. Así lo justifica el cronista en el prólogo:

«No faltará quien eche de menos los sucesos temporales, que a los hijos deste siglo suelen robar más los ojos. Toco algo dellos en sus lugares; mas ni los digo todos, ni por su orden, sino por el mío, guardando mi profesión y blanco, que es escribir Historia de la Compañía de JESÚS de Philippinas, y no de las mismas Philippinas, ni de sus guerras o pazes. Que esse es muy diverso asunto, y le an enprendido algunos buenos yngenios, y otros aún le tienen entre manos; con los quales puedo yo quedar, quando fuera dever mío, assaz seguro y desculpado»<sup>13</sup>.

En la *Labor Evangélica*, por su parte, la historia política del archipiélago aparece a lo largo de toda la obra. Durante el primero de los cuatro libros de que consta la obra, además de la descripción geográfica de las islas, se expone su historia hasta 1581, cuando los jesuitas desembarcan en Filipinas. A partir de entonces, historia política e historia de la Compañía se entretajan en una misma trama:

«También se resumen en esta *Descripción* los sucesos generales de las Islas, que precedieron al año de 1581, en que llegó a ellas la Compañía, supuesto que los de después se tocan necesariamente en el discurso de la Historia, conforme lo pide la connexion de las cosas»<sup>14</sup>.

La intención del autor no fue escribir una historia general de Filipinas, y se limitó a dar cuenta sólo de aquello que consideró imprescindible para la comprensión del resto de la historia por parte del lector:

«No hazemos Historia general de las Islas (assunto de mejores, y más desocupados talentos) contamos solamente lo que nos parece necessario para que el ánimo del Lector destas nuestras Misiones, y ministerios no quede suspenso, ni tenga necesidad de recurrir a otros libros»<sup>15</sup>.

Por este motivo aparecen intercalados muchos hechos de carácter político y social relacionados con las islas, pero ajenos a la evolución histórica de la Compañía, como son los relativos a los gobernadores, obispos y arzobispos, los viajes del Galeón de Manila, las relaciones con los territorios vecinos y las diferentes expediciones militares llevadas a cabo desde Filipinas, y otros muchos asuntos diversos.

<sup>12</sup> CHIRINO, 1890: 6. Antonio de Morga publicó su obra en 1609, es decir, cinco años después de que la *Relación* de Chirino viera la luz. Sin embargo, es muy probable que el jesuita tuviera ocasión de leer lo que Morga había redactado, antes de pasar a Europa como Procurador de la Viceprovincia jesuítica en 1602.

<sup>13</sup> CHIRINO, 2000: 43 (fol. 5v).

<sup>14</sup> COLÍN, 1900-1902, vol. 1: XIV.

<sup>15</sup> COLÍN, 1900-1902, vol. 1: XIV.



En la *Segunda Parte de la Historia* de Pedro Murillo Velarde, la historia política tiene un papel fundamental. Los libros II y IV son en gran parte relatos de política «exterior». El relato de los enfrentamientos con holandeses y piratas chinos están muy presentes también en el resto de la obra, ya que el siglo XVII fue una época en la que el archipiélago filipino estuvo bajo un continuo acoso, especialmente por parte de los holandeses, que consiguieron conquistar la isla de Formosa, y desde allí amenazar las posiciones españolas en el Pacífico, además de capturar en algunas ocasiones las naves que unían comercialmente Filipinas con Nueva España. No obstante, el libro II se centra especialmente en las islas de Mindanao y Joló, habitadas por filipinos islamizados, y los intentos de la Compañía por llevar a cabo su evangelización. En este contexto, la misión de los jesuitas fue muy difícil, ya que los musulmanes se dedicaban principalmente a la piratería y el saqueo en las islas Bisayas, en la zona central del archipiélago, de cuya evangelización se ocupaban también los hijos de san Ignacio<sup>16</sup>. Durante la primera mitad del siglo XVII las escaramuzas entre los colonizadores españoles y los mindanaos fueron continuas, y los intentos de acabar con la piratería se saldaron con más fracasos que éxitos, que siempre fueron parciales y poco duraderos en el tiempo. Finalmente, en 1662 el gobernador don Sabiniano Manrique de Lara decidió retirar las fuerzas españolas de los presidios de Mindanao, ante la amenaza de un ataque del pirata chino Koseng a la ciudad de Manila. La Compañía de Jesús no volvería a la zona hasta 1718.

En el segundo de los libros citados, el IV, la narración se centra en las islas Marianas, y refiere algunas noticias sobre las Carolinas y las Palaos. Las primeras eran conocidas anteriormente como islas de los Ladrones, y se utilizaban como escala en el trayecto que unía Filipinas con el continente americano. La evangelización de este pequeño archipiélago no comenzó hasta 1668, con la llegada de un grupo de jesuitas encabezado por el P. Diego Luis de Sanvitores y patrocinado por la reina Mariana de Austria, en cuyo honor se rebautizó a las islas como Marianas. En 1672, sin embargo, el P. Sanvitores fue martirizado, y a partir de entonces la situación se volvió muy inestable, con continuas revueltas indígenas y guerras entre diferentes reyezuelos. El número de jesuitas muertos violentamente en esta época fue bastante elevado, sobre todo si se compara con los escasos martirios de jesuitas que se habían producido en Filipinas desde su llegada en 1581.

Las islas Carolinas y las Palaos, por su parte, fueron poco frecuentadas por los españoles hasta finales del siglo XVII. Pedro Murillo Velarde relata los diferentes

---

<sup>16</sup> En 1594 se dividió el territorio filipino en zonas de predicación reservadas a cada una de las órdenes religiosas que en aquel momento había en Filipinas: agustinos, franciscanos, dominicos y jesuitas. A éstos les correspondió, además de Manila, donde había presencia de todas las órdenes, parte de las Bisayas (Cebú, Leyte, Samar, Bohol...), en la zona centro-sur del archipiélago, y posteriormente Mindanao.

viajes que se realizaron a partir de 1686 para intentar determinar la posición exacta de las islas y valorar su eventual evangelización. Algunas expediciones llevaron consigo misioneros jesuitas, pero en general fracasaron en su empeño y en ocasiones se saldaron con la desaparición o la muerte de los expedicionarios.

La historia política «interna» del archipiélago filipino también tiene una gran importancia en la obra de Murillo Velarde, tanto que la consideramos como uno de los ejes principales que articula la crónica. En este aspecto, nuestro autor se destaca notablemente de sus predecesores en cuanto al objetivo y la intencionalidad de la obra. Las crónicas de Pedro Chirino y Francisco Colín tenían un objetivo claro: fomentar vocaciones para aumentar el número de misioneros que pasaban a Filipinas. Sus narraciones están repletas de alabanzas a las Filipinas y a sus habitantes, mostrando la benignidad del clima, la riqueza de la naturaleza y la bondad y predisposición de los indígenas para recibir el Evangelio:

«Hallóse muy buena disposición en estas islas tanto para hacer asiento en ellas los españoles, cuanto para poblarse de eclesiásticos y religiosos. [...] Para los religiosos [...] hubo luego desde sus principios muy buena disposición en la que tantos isleños mostraron abrazando también la fe, que no bastando muchos y muy buenos ministros de ella [...] fueron menester los de la Compañía de Jesús»<sup>17</sup>.

Por otro lado, al hablar de las conversiones y bautismos de los indígenas y su posterior vivencia de la vida cristiana, Chirino pinta una situación idílica, una cristiandad que destaca por su piedad, cuestión en la que supera a la Vieja Europa, pese a lo reciente de la cristianización:

«Es costumbre general en todas estas doctrinas de Filipinas, los Domingos y fiestas de guardar, acudir todo el pueblo a la Iglesia a su misa y sermón, antes de la cual se dice toda la doctrina y catecismo. Con lo cual no sólo saben muy bien las oraciones, pero hacen ventaja a muchos pueblos de Europa, en entender los misterios de nuestra santa fe»<sup>18</sup>.

Pese a todo, el punto más destacado en la cuestión de la atracción de vocaciones es el lamento continuo por la falta de efectivos que sufre la Compañía en las Filipinas y los numerosos perjuicios que de esta circunstancia se derivan para la Cristiandad, ya que se le priva de un gran número de fieles potenciales. Chirino incide en diversas ocasiones en que hay muchos indígenas ansiosos de convertirse, pero no hay religiosos suficientes para llevar a cabo la tarea de mantener al rebaño una vez convertido:

«Porque como los de la Compañía de Jesús entonces éramos tan pocos, también pocas las esperanzas de multiplicarnos, no nos atrevíamos a hacer más, de lo que probablemente pensábamos que se podría conservar [...] Al paso que crecía el

<sup>17</sup> CHIRINO, 1890: 19.

<sup>18</sup> CHIRINO, 1890: 69.

fruto, crecía la necesidad de los operarios y verdaderamente cansados por la falta de fuerzas para tan copiosas mieses, clamaban todos a una por el socorro de nuevos compañeros<sup>19</sup>.

Si el objetivo de Chirino y Colín era fomentar vocaciones, el de Pedro Murillo Velarde es muy diferente. Las obras de los primeros son crónicas de orígenes, narran las primeras décadas de la implantación de los jesuitas en Filipinas, con todos sus logros y dificultades iniciales (más o menos exagerados). La *Segunda Parte de la Historia*, sin embargo, es una obra redactada en el momento de mayor esplendor de la Compañía, tanto en el contexto internacional como en el filipino. Una situación de fortaleza que permite al cronista expresarse con una libertad y una contundencia de las que no disfrutaron sus predecesores. En este sentido, el interés de Murillo Velarde por la historia secular va más allá de las referencias de Francisco Colín que hemos comentado, destinadas a contextualizar la acción misionera de la Compañía. Indudablemente, ambos cronistas incluyen en su narración la historia política para poder comprender mejor la religiosa. Sin embargo, en el caso de Murillo Velarde, parece haber una especie de afán de ajustar cuentas con el siglo por parte de los jesuitas filipinos, tanto en sentido positivo como negativo. Así pues, en muchas ocasiones la narración de unos hechos seculares parece no ser más que una excusa para elevar o hundir a un personaje o una institución. La opinión de Murillo Velarde no deja lugar a la duda:

«[...] porque si la Historia, es teatro glorioso de los Héroe, y elogio público de las hazañas, y mérito, es también público cadahalso [sic], en que se castigan con pública ignominia las sordidezes de los indignos. El temor de este justo castigo refrena a aquellos a quien la gloria, y el pundonor no estimula, pues aunque sepan deslumbrar con apariencias, con falacias, con cabilosidades, o con sobornos a los Superiores, para huir el castigo, y aun para arrebatarse injustamente el premio, no pueden alterar ni corromper la entereza, la rectitud, la severidad de la Historia, que al fin los coloca en el nicho, que merecen, y los representa al mundo con el hábito de la ignominia correspondiente a su indignidad, y demérito»<sup>20</sup>.

Así pues, la Historia es jueza implacable de los justos y de los indignos, y el cronista-historiador es su brazo ejecutor. Ensalza a los benefactores de la Compañía y vitupera a sus enemigos, ya lo sean por convicción o por descuido. Por ejemplo, el gobernador Juan Niño de Tavora (1626-1632) recibe elogios por parte de Murillo Velarde, no sólo como benefactor de la Compañía (fue enterrado en la iglesia de los jesuitas de Manila), sino como ejemplo de gobernador responsable, preocupado por la seguridad y la prosperidad del archipiélago: «Procedió con tal justificación, rectitud, y desinterés, que no tuvo cargo alguno en su Residencia»<sup>21</sup>. En sentido

<sup>19</sup> CHIRINO, 1890: 40 y 123.

<sup>20</sup> MURILLO VELARDE, 1749: 276r.

<sup>21</sup> MURILLO VELARDE, 1749: 61r.

contrario, el cronista critica a los españoles que prefieren su ganancia material a la salvación de las almas:

«[...] algunos (no todos) los Españoles de estas Islas (poco dignos de tan glorioso nombre, por no tener el pundonor, ni obligaciones de tales, sino poco más que el color) más ansiosos de la hacienda, que de la honra militar; y más amigos de sus intereses, que de la causa de Dios, ni del Rey, sienten vivamente estas empresas militares, como impedimento de su descanso, y ociosidad. Esto los irrita contra nosotros, como promotores de estas ideas, y aun parece, que de propósito concurren al infeliz existo de las Armadas, según la tardanza, y mala conducta, con que se dirigen, por quitar de rayz la causa, que les da tanta inquietud. Y como el Navio vaya, y venga de Acapulco con mucha plata, estarán muy contentos aunque se profane, y ultrage el Santísimo Sacramento, aunque se quemem los Pueblos, se destruya la Christiandad, cautiven los Indios, y Sacerdotes, y se vilipendie el nombre Español, pues todo esto pesa poco en su aprecio, si se compara a su interés, y ganancias»<sup>22</sup>.

Sólo dos ejemplos de los muchos presentes en la crónica, pero que creemos ilustran bien la pasión del cronista, tanto en sus filias como en sus fobias. Y es que da la sensación que a Pedro Murillo Velarde, como buen jurista que era, le apasionaba pleitear. En ocasiones, se relatan situaciones de auténtico acoso y derribo contra algún personaje público, ya sea gobernador, militar, o vecino de Manila.

Además del interés por la historia política secular que acabamos de comentar, el segundo eje fundamental sobre el que se articula la crónica es la enorme cantidad de elogios de miembros de la Compañía y personas afines a la misma. Ya hemos hecho referencia al contexto histórico en el que se redacta la *Segunda Parte de la Historia* de Murillo Velarde: mediados del siglo XVIII, en el momento de mayor apogeo de la Compañía, con una consolidada posición de poder e influencia. La Orden ya no necesita reclamar vocaciones, y tras casi un siglo y media de presencia misionera en las Filipinas se puede presentar una hoja de servicios repleta de logros. Así pues, la obra es casi un grandioso menologio. A lo largo de sus páginas, se pueden contabilizar unos 230 elogios, de una extensión muy variable, desde unas breves líneas hasta capítulos enteros. En esos elogios se pueden detectar unas pautas más o menos claras para la creación de una imagen de misionero ideal, destacando virtudes como la humildad, la obediencia, el celo por la salvación de las almas, la mortificación interna y externa, la continua oración, etc. Así pues, la crónica expone a sus varones ilustres como el hilo conductor de la narración y se convierte en una expresión colectiva de la historia de la Orden, ya que es a través de sus trabajos y sus virtudes como se demuestra qué es y cómo se comporta la Compañía de Jesús en Filipinas.

<sup>22</sup> MURILLO VELARDE, 1749: 77v.

Finalmente, queremos destacar un aspecto curioso de la crónica de Murillo Velarde. Está claro que este tipo de crónicas presentan casi siempre una imagen idílica de la labor realizada por los jesuitas y el territorio donde la desarrollan. La *Segunda Parte de la Historia* no es diferente en este sentido. Sin embargo, pese a todo lo comentado anteriormente, donde hemos destacado el tono triunfante y autosuficiente de la obra, hay que destacar un pasaje redactado por Murillo Velarde que resulta muy llamativo. En el Capítulo XXI del Libro II, el autor realiza una cruda descripción de las miserias y penurias que los jesuitas deben sufrir en el desempeño de su labor evangelizadora, especialmente en las zonas más aisladas. Así, lamenta la soledad a la que debe enfrentarse el misionero, con el grave perjuicio psicológico que ello conlleva: «rarísima vez comunica el Misionero con quien pueda tener algún desahogo, alivio y consuelo»<sup>23</sup>. Este aislamiento no es peligroso solamente para la salud mental y espiritual, sino también para la salud física: «Si enferma el Misionero, no tiene Médico, ni botica, a que acudir, y todo el recurso es a un Indio Curandero, que aplica algunas yerbas, y en breve se le acaban todas las recetas»<sup>24</sup>. A esto debe sumarse también la incomodidad de los desplazamientos, debido a la dispersión de la población y al clima del archipiélago filipino, donde el sol, la humedad y las lluvias maltrechan la salud de cualquiera. En el mismo sentido, Murillo Velarde lamenta la gran cantidad y variedad de trabajos que ha de desempeñar el misionero, lo que le provoca una mayor fatiga y le priva del tiempo necesario para dedicarse a su labor principal, la evangelización:

«La variedad e oficios, que ha de ejercer el Ministro, es tanta, que ha de ser Predicador, Doctrinero, Confesor, componedor, y árbitro de sus pleytecillos, médico, y boticario, para curarlos en sus enfermedades, Maestro de escuela, y de música, arquitecto, Alarife, y un todo para todo; porque si el Ministro no cuida de todo, presto se perderá todo»<sup>25</sup>.

La inclusión de estos pasajes en una crónica oficial, redactada con una intención propagandística y laudatoria, puede parecer fuera de lugar. Sin embargo, es el propio cronista quien deja constancia de la razón por la cual hace referencia a estas penurias y miserias que sufren los misioneros:

«[...] para que se sepa, lo que hazen, y padecen los Ministros Evangélicos: que es más de lo que juzgan los superficiales. El que está en la Corte con dificultad se compadece, del que milita en la campaña, ni el que está en tierra, del que padece en el mar; porque no experimentan los trabajos, ni peligros de la guerra, o los naufragios»<sup>26</sup>.

<sup>23</sup> MURILLO VELARDE, 1749: 156v.

<sup>24</sup> MURILLO VELARDE, 1749: 156v.

<sup>25</sup> MURILLO VELARDE, 1749: 157v.

<sup>26</sup> MURILLO VELARDE, 1749: 157v-158r.

En el fondo, es un recurso más de Pedro Murillo Velarde para reivindicar la labor llevada a cabo por los jesuitas en Filipinas, no sólo de carácter misional, sino también social y cultural. Y no sólo frente a los críticos de la Compañía, sino también frente a las propias estructuras internas de la misma, aquellas situadas en los centros de poder y decisión que, en ocasiones, parecen olvidar que gran parte de su fuerza y su prestigio reside en las actuaciones de sus operarios a lo largo y ancho del mundo.

## BIBLIOGRAFÍA

- ARCILLA, José S., «Murillo Velarde, Pedro», en O'Neill, Charles E., S.I. y Domínguez, Joaquín M.<sup>a</sup>, S.I. (dirs.), *Diccionario Histórico de la Compañía de Jesús. Biográfico Temático*, Roma-Madrid, Institutum Historicum S.I.-Universidad Pontificia de Comillas, 2001, Tomo III; 2771.
- CHIRINO, Pedro, SI, *Relación de las Filipinas y de lo que han trabajado en ellas los PP. de la Compañía de Jesús*, Roma, Esteban Paulino, 1604.
- CHIRINO, Pedro, SI, *Relación de las Islas Filipinas y de lo que en ellas han trabajado los padres de la Compañía de Jesús*, Manila, Imprenta de D. Esteban Balbás, 1890.
- CHIRINO, Pedro, SI, *Història de la Província de Filipines de la Companyia de Jesús, 1581-1606*; prólogo de Miquel Batllori, transcripción de Jaume Górriz, Barcelona, Ed. Pòrtic, 2000.
- COLÍN, Francisco, SI, *Labor Evangélica, ministerios apostólicos de los obreros de la Comp. de Jesús. Fundación y progresos de su provincia en las Islas Filipinas. Historiados por el Padre Francisco Colín, Provincial de la misma Compañía, Calificador del Santo Oficio y su comisario en la Gobernación de Samboanga y su distrito. Parte primera sacada de los manuscritos del Padre Pedro Chirino, el primero de la Compañía que pasó de los Reynos de España a estas Islas por orden y a costa de la Catholica y Real Magestad. Con privilegio*. Madrid, José Fernández de Buendía, 1663.
- COLÍN, Francisco, SI, *Labor Evangélica, ministerios apostólicos de los obreros de la Comp. de Jesús Fundación y progresos de su provincia en las Islas Filipinas. Historiados por el Padre Francisco Colín, Provincial de la misma Compañía, Calificador del Santo Oficio y su comisario en la Gobernación de Samboanga y su distrito. Parte primera sacada de los manuscritos del Padre Pedro Chirino, el primero de la Compañía que pasó de los Reynos de España a estas Islas por orden y a costa de la Catholica y Real Magestad. Con privilegio. Nueva Edición ilustrada con copia de notas y documentos para la crítica de la Historia General de la Soberanía de España en Filipinas por el P. Pablo Pastells, S.I.*, 3 vols., Barcelona, Heinrich y Compañía, 1900-1902.

- CUSHNER, Nicholas P., «Los jesuitas en Filipinas en el siglo decimosexto según el Menologio del P. Pedro Murillo Velarde», *Missionalia Hispanica*, 32 (1967): 321-355.
- DESCALZO YUSTE, Eduardo, «La implantación de la Compañía de Jesús en Filipinas a través de la obra del P. Pedro Chirino, S.I.», comunicación presentada en la *XI Reunión Científica de la Fundación Española de Historia Moderna*, Granada, 9-11 de junio de 2010. (Sección A4. El Estado Absoluto y la Monarquía Hispánica. Los territorios). Pendiente de publicación.
- DESCALZO YUSTE, Eduardo, «La historia natural y moral de Filipinas en la obra de Pedro Chirino, S.I. (1557-1635)», en *Simposio Internacional «Ciencia y Cultura entre dos mundos. Fuentes documentales y sus diversas interpretaciones»*, Biblioteca Franciscana - Universidad de Las Américas-Puebla, Cholula, Estado de Puebla (México), 2-4 de diciembre de 2010. ([http://www.gobiernodecanarias.org/educacion/3/Usrn/fundoro/archivos%20adjuntos/publicaciones/Cholula\\_2010/Descalzo\\_La%20historia%20natural%20y%20moral%20Pedro%20Chirino%20S%20I%20%20\\_1557-1635\\_.pdf](http://www.gobiernodecanarias.org/educacion/3/Usrn/fundoro/archivos%20adjuntos/publicaciones/Cholula_2010/Descalzo_La%20historia%20natural%20y%20moral%20Pedro%20Chirino%20S%20I%20%20_1557-1635_.pdf)).
- DESCALZO YUSTE, Eduardo, «Las crónicas oficiales de la Compañía de Jesús en el siglo XVII: Pedro Chirino y Francisco Colín», en Atienza López, Ángela (ed.), *Iglesia memorable, crónicas, historias escritos... a mayor gloria. Siglos XVI-XVIII*, Madrid, Sílex, 2012 (en prensa).
- DESCALZO YUSTE, Eduardo, «Antonio Sedeño, SI: pionero de las misiones jesuíticas de Ultramar, comunicación presentada para publicación a posteriori en el Congreso Internacional «Los Jesuitas. Religión, Política y Educación (siglos XVI-XVIII)», Universidad Pontificia de Comillas, Madrid, 20-22 de junio de 2011. Pendiente de publicación.
- DÍAZ DE LA GUARDIA, Luis, «Datos para una biografía del jurista Pedro Murillo Velarde y Bravo», *Espacio, tiempo y forma (Serie IV, Historia Moderna)*, 14 (2001): 407-472.
- MACÍAS DOMÍNGUEZ, Isabelo, «El descubrimiento y la conquista en un cronista andaluz del siglo XVIII: Pedro Murillo Velarde», en VVAA, *Congreso se Historia del Descubrimiento (1492-1556). Actas*. Tomo IV, Madrid, Real Academia de la Historia, 1992; 357-382.
- HANISCH ESPÍNDOLA, Hugo, «Pedro Murillo Velarde S. J., canonista del siglo XVIII: vida y obras», en *Congresos del Instituto de Historia del Derecho Indiano [Archivo de ordenador]: actas y publicaciones*, Vol. 4, 2000 (VIII Congreso Internacional de Historia del Derecho Indiano. Tomo II); 53-68.
- MURILLO VELARDE, Pedro, SI, *Geographia histórica de las islas Philipinas, del Africa, y de sus islas adyacentes*, Madrid, Oficina de Gabriel Ramírez, Criado de la reyna viuda nuestra Señora, en la calle de Atocha, frente a la Trinidad Calzada, 1752.

- MURILLO VELARDE, Pedro, SI, *Historia de la Provincia de Philipinas de la Compañía de Jesús. Segunda Parte, que comprehende los progresos de esta Provincia desde el año de 1616 hasta el de 1716*, Manila, Imprenta de la Compañía de Jesús, por D. Nicolás de la Cruz Bagay, 1749.
- PARDO DE TAVERA, T. H., *El mapa de Filipinas del P. Murillo Velarde*, Manila, Tipografía de Chofré y Comp., 1894.
- SERRERA, Ramón María, «Estudio preliminar», en Murillo Velarde, Pedro, *Geographia de América (1752)*, Granada, Universidad de Granada, 1990; XIII-XLII.
- VILLORIA PRIETO, Carlos, «Demografía en los municipios: Alpujarreños en Filipinas: Pedro Murillo Velarde», *Hespérides: Anuario de investigaciones*, 8 (2000); 397-410.